



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 28 DE JULIO DE 2019

Olga de León / Carlos A. Ponzio de León

Tejiendo esperanza

TEJEDORA DE MEMORIAS
OLGA DE LEÓN

Con su dulce sonrisa, pintada de colores en su rostro, iluminaba la sala para quien en ella entraba, no pasaba desapercibida a pesar del silencio en que se mantenía. Tejía con hilazas de diversos colores y en tamaños diferentes, nombres, solo nombres femeninos.

-Hola... ¿Qué haces? -La mujer lanzó la absurda e inútil pregunta. Era obvio lo que hacía: bordaba.

Sin levantar la vista, y sin dejar de sonreír, contestó: - Estoy poniendo los nombres de todas las mujeres que han sido importantes en mi vida.

- ¡Ah!, mira, eso suena interesante. Pocos pensamos en dejar una constancia o registro de quienes han sido o han ocupado un lugar importante en nuestras vidas.

Entonces, enderezó cuello y cabeza, y levantó su rostro iluminado con una mirada auténticamente ingenua, de niña plenamente pura, limpia de toda sospecha o artificio convencional.

-Sí, eso pienso yo. Son nombres, solo de mujeres, mujeres que algo me han dejado, personas que han pasado por mi vida y yo por la de ellas aprendiendo unas de otras, por lo menos, eso creo yo.

Era un cuadro más bien pequeño, quizás de quince por quince centímetros restirado entre aros de madera. Por un lado, en la silla junto a ella tenía un montón de hilazas de distintos colores y otros implementos propios para bordar; pero, la joven de cortísimos cabellos teñidos de lila muy tenue estaba concentrada en el nuevo nombre que plasmaba sobre la tela: Alejandra.

-... y, ¿qué vas a hacer con el cuadro, cuando termines de bordar los nombres de las mujeres que más te importan y te han marcado en tu vida?

- No sé, es una tarea... algo como un ejercicio...

- ¿Algo para trabajar la inteligencia emocional?

- Sí, algo así, que me encargó hacer... la psicóloga (esta frase final, apenas perceptible, casi la susurró).

- Oye, se me ocurre -añadió la mujer que enternecida por la joven de cabellos lilas, quiso ser empática: a lo mejor conviene que lo conserves enmarcado en madera y con vidrio por los dos lados, así puedes bordar también al revés, o poner dos telas con nombres...

- Sí, es cierto.

- Bueno, no me hagas caso, yo no sé mucho de eso.

- Sí; me gusta su idea. Creo que eso haré, después de que se lo enseñe a la psicóloga en nuestra próxima cita.

Susana, la de la sonrisa apacible y mirada tierna, quería que la dejaran vivir la vida como a ella le gustaba: tener amigos y amigas soñadores como ella, que no pensaban en el mañana, solo en el ahora, sin que ello significara que no supieran que algún día dejarían de ser jóvenes y tendrían todas las responsabilidades que sus padres cargaban encima.

-Déjame ser libre, mamá. Ya me llegará el día en que seré igualita a ti". Luego, vendrían las consultas con los psicólogos y psiquiatras.

Mientras el breve diálogo se agotaba, del fondo de la sala de espera, una mujer y un joven salieron del consultorio número dos y se encaminaron hacia la chica de cabellos cortos de color lila muy



suave. La mujer, que seguramente era la madre, se paró frente a ella, y con el característico rostro tenso de quien vive en situación de estrés, en tono seco y grave le preguntó: ¿cómo vas? Muy tranquila, la joven respondió, "ya casi termino; mira".

La madre se alejó con prisa (lo cual no es motivo de crítica ni señalamiento, pues nadie sabe lo que pasa por la mente y la vida de una mujer profesionalista y trabajadora y, además, madre de adolescentes). Mientras, el hijo se quedó esperando a que su hermana recogiera sus cosas. Él también tenía esa cierta paz en sus ojos de niño bueno que empataba con la mirada y la sonrisa de su hermana.

Hay realidades que nos tocan y nos hieren más que otras, quizás son momentos que nos enfrentan con la importancia de pensar un poco más en el prójimo, de estar atentos a lo que pasa a nuestro alrededor.

O, tal vez, se trata la vida de vivir-la para reconocer las huellas que vamos dejando y las que otros dejan en nosotros, cuando las redes que se van creando han sido tejidas con hilos o hilazas de diferentes colores y muchas emociones: todas con ternura y sentimientos blancos, como las de la niña de cabellos muy cortos de color lila.

SOBRE LAS RUINAS DE LA ESPERANZA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

"Yo no necesito soñar despierta", dijo Natalia, y continuó: "He perdido toda esperanza de alcanzar mis sueños". Y cada vez que la brisa del mar estallaba contra su rostro y sus lágrimas escondidas detrás de sus párpados, dejaba escapar un zumbido que venía de su corazón, que salía de su voz amarga y de su cuerpo recostado sobre la arena. Argumentaba y argumentaba sin que Rodrigo la escuchara con atención. Él ya estaba cansado de su historia, una y otra

vez la había repetido como las olas del mar que se golpean contra la orilla del malecón.

"¿Qué sucede cada tres meses?", le preguntó Rodrigo a Natalia luego de un silencio. Él pensaba en los reportes financieros, balances generales y los estados de cuenta de su compañía; o en el precio de las acciones: su mente no tenía cabida para algo más que no fuera el dinero. Su helicóptero privado se encontraba en mantenimiento y no había podido emplearlo para desplazarse a al corporativo esa semana. Así es que se sentía más cansado de lo normal: Luego de haber soportado el tráfico diario que los hombres sufren en los autos.

"Las estaciones cambian", dijo Natalia. "De la primavera al verano, al otoño y al invierno; y otra vez se repiten, como me repito yo". Los aviones no pasaban por ese firmamento que enfrentaban encima de la playa. Por eso les fue extraño ver un aeroplano dejando estelas de humo blanco con un mensaje. "¿Quieres casarte conmigo?", podía leerse frente al telón azul del cielo que los cubría. Un enamorado, a un kilómetro de distancia, le pedía matrimonio a su amada.

Pero Natalia y Rodrigo se sintieron apenados: pena por aquella pareja que sublimaba el matrimonio como algo digno de anunciarse con platillos y juegos artificiales, con trompetas que cantan una victoria. "Las ilusiones mueren", dijo Natalia con una sonrisa, saboreando su frase como el cuchillo enterrado en el estómago del enemigo, como un chiquillo de cinco años que disfruta comer un helado de chocolate.

Natalia y Rodrigo se habían conocido en la universidad. Y aunque ella abandonó la carrera de negocios por la de literatura, siguieron viéndose y finalmente se declararon su amor. O más bien, ella le declaró su amor a Rodrigo con un poema dedicado el día de su cumpleaños.

Luego la situación pasó de dulcemente romántica a apasionada, y finalmente al matrimonio en un salón con mil quinientos invitados.

El sueño de Natalia de convertirse en madre, no se había cumplido. Rodrigo expresó sus dudas ante la iniciativa de ella de adoptar. El matrimonio se vino abajo; pero no por la falta de hijos, (eso más bien fue una excusa). La verdadera razón es que las diferencias de intereses entre ambos se agrandaron. Ella comenzó a soñar infundadamente con una vida literaria en Nueva York, comenzando una revista "underground": un estilo de vida que bien él podía financiarle, pero que Rodrigo no quería para él, pues el negocio demandaba que se mantuviera en la bahía, atento a las operaciones de exploración marítima de su compañía.

Y las cosas quizás podían ponerse peor para Natalia: una enfermedad, una crisis financiera para su marido o el divorcio que el mismo Rodrigo estaba a punto de pedirle. Las estrellas de mar caminaban en el fondo del océano cuando Rodrigo se incorporó y le dijo a Natalia: "Hay algo que tenemos que hablar".

Ella fingió no darle importancia. Hundió sus pies en la arena y pensó en las nubes y el canto de las ballenas, en el sabor de la sal y el color de los pájaros. Entonces Rodrigo continuó: "Creo que a veces necesitamos una sacudida para retomar nuestras vidas, y me parece que ambos debemos volver a encarrilarnos en los caminos que nos son importantes".

Natalia volvió a soñar. Esta vez, con ser madre y abuela, en envejecer en un pequeño departamento en Soho y en gastar sus horas frente a una pantalla de computadora escribiendo historias, soñando nuevas vidas. Sabía lo que seguía en la plática de su marido. Ella también lo estaba esperando: como el silbido secreto de un amado que aguarda toda la noche bajo el balcón.



Manuel Vázquez

Periodista y escritor, Manuel Vázquez Montalbán es considerado uno de los autores más queridos y admirados de la España de la segunda mitad del siglo XX. Su vida y su obra transitaron de la fatalidad a la gloria, de la miseria a la popularidad, e incluso de la cárcel al pódium de los más encumbrados premios literarios. La venta de miles de ejemplares no lo libró de sus pecados y la nicotina acumulada acabó por provocarle un infarto, a los 64 años, con mucha tinta aún por derramar.

Aunque pocas biografías abundan en los avatares de su vida privada, se sabe que creció en el Barrio chino de Barcelona, donde conoció la miseria, pero no la falta de espíritu.

Militante de un movimiento antifranquista, a los 23 años fue encarcelado por sus ideas de izquierda y condenado a tres años, de los cuales cumplió año y medio, y fue saliendo de prisión, donde se aficionó a la cocina, que incursionó en el periodismo, publicando para la revista Triunfo.

Su vida, sin embargo, cambió con el nacimiento, en 1972, del detective Pepe Carvalho, personaje icónico de sus cuentos policiales, cuya saga rebasa la veintena de libros, entre ellos Yo maté a Kennedy, Tatuaje, Los mares del sur, Asesinato en el Comité Central, Los pájaros de Bangkok, Historias de padres e hijos, Asesinato en Prado del Rey y otras historias sórdidas, El delantero centro fue asesinado al atardecer, Las recetas de Carvalho, Roldán, ni vivo ni muerto, Quinteto de Buenos Aires y El hombre de mi vida, por citar algunos.

Cultivó todos los géneros, desde el ensayo hasta la poesía, pasando por la novela y la crónica periodística, a partir de una triada que hasta entonces fue vital en él: Escribir, cocinar y viajar, más allá de la popularidad que en algún momento alcanzó, porque, aseguraba, él no tenía una fórmula para hacer best-sellers, simplemente escribía por refugio, por amargura, incluso como una posibilidad de fugarse de su realidad.

En total dejó más de 40 títulos, entre novelas, cuentos, ensayos y poemas, incluida una veintena de traducciones. Toda su obra se caracterizó por su demoledora visión de la realidad social, que le valió galardones en España, Francia, Italia y Alemania, entre ellos el Nacional de Narrativa por su novela Galíndez, en 1991; el Europeo de Literatura 1992 por la misma obra; el Premio de la Crítica, por El estrangulador; el internacional de Literatura Ennio Flaiano, por Autobiografía del general Franco, en 1994, y el Nacional de las Letras Españolas en 1995, por el conjunto de su obra.

Como poeta, fue incluido en la reputada antología Nueve novísimos poetas españoles, compilada por Josep Maria Castellet, en 1970, y que Montalbán llegó a considerar como la fotografía de una parte de la entonces joven poesía española, que captaba un fragmento y un momento, y tenía el valor de muestra de una evolución estética.

Hacia la segunda parte de su vida también incursionó con éxito en la crónica política nacional, en libros como Un polaco en la corte del rey Juan Carlos (1996) o La aznaridad (2003) e internacional con Y Dios entró en la Habana (1998) o Marcos, el señor de los espejos (1999), éste último en el que abordó la figura del líder zapatista mexicano.

Murió solo y de manera repentina en la sala de espera del aeropuerto de Bangkok, el 18 de octubre de 2003.

ad pédem literae

"Nosotros mismos somos nuestro peor enemigo. Nada puede destruir a la Humanidad, excepto la Humanidad misma."

Pierre Teilhard de Chardin

Letras de buen humor

"Los chimpancés son conscientes de su parentesco con el hombre."

Jordi Sabater Pi

Joana Bonet

Kafe Dostoyevski

Elegir un nombre es una declaración de intenciones. Puede funcionar como primer imán o causar absoluta indiferencia, diluido en la costumbre y la repetición, la escasa gracia o, peor aún, el exceso de ella. Hay un artista madrileño de origen oriental que triunfa en la música con el sobrenombre de Putochinomarión; revertir el estigma, de eso se trata. Es interesante fijarse en cómo se hacen llamar los raperos: Canserbero, Arkano, El Chojin, Zimple... y otros se complacen en resumir nombres y apellidos en una letra: Cardí B, Jay Z, C-Kan, San E, a medio camino entre el lenguaje cifrado y la nada. También forma parte de la cultura del feísmo abrazar apelativos desdeñados y pobretones, y más en estos tiempos propicios al manifiesto, en los que están de moda los libritos donde se procesan las ideas como en la Thermomix.

En cambio, la literatura sí se vende como experiencia. Y, por ello, soy capaz de imaginarme a Arkano o a Cardí B tomando un té en Le Flaubert, haciendo

volutas de humo con un cigarro que toma prestado de Shakespeare el nombre de Hamlet o disfrutando de las notas de chocolate negro en una pinta de cerveza cuya etiqueta lleva la cara de Oscar Wilde. La posmodernidad desacralizó la alta cultura y reventó las subastas en Sotheby's con las latas de sopa Campbell's, que hoy, gracias a Warhol, es una marca con leyenda. Y la hipermodernidad -si puede llamarse así al estado fluido y gaseoso en el que vivimos hoy, marcado por los cambios de paradigma: digital, económico, sexual, climático- ha recuperado el gusto por el marketing cultural. Restaurantes y cafés que toman prestados los nombres de Rilke, Stendhal, Balzac, Hemingway o Bach (PunkBach), siguiendo la tradición del Joyce's Cafe, el Austen's Cafe y otros repartidos por el mundo, algunos más justificados en su vocación literaria que otros, meramente oportunistas.

Afirmaba Walter Benjamin en La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica (Gedisa) que, al entrar en



contacto con el consumo masivo, se difumina "el aura" del arte. Cierto es que la apropiación cultural es una expresión más del capitalismo, deseo de reinventar los nombres de un imaginario que ha dotado de significado a muchos seres humanos. Por ello, los hay partidarios de los elevados que te enriquecen mientras tomas un cortado o digieres una crema de calabaza. Porque no es lo mismo citarse

a comer en Casa Pepe que en Café Kafka, donde sientes que la leyenda literaria te hace más fuerte que la autoayuda. Pero, por encima de todo, recuperas cierto sentido de la posteridad, tan extraviado hoy. Eso sí, es muy probable que los instragramers y youtubers que insisten en no leer acaben pensando que Rilke, Stendhal o Balzac no son más que eso: un buen lugar para comer steak tartar.